

ANVERSO Y REVERSO, DEL SOLITARIO SILENCIO A LA SOLIDARIA ESPERANZA

Albert Torés García

Si hay algún escritor que evidencia los rasgos del humanismo solidario en los que nos reconocemos, sabiendo equilibrar además la rebeldía del hombre con el goce de la vida desde una perspectiva esperanzadora, sin duda ése es Albert Camus. Aspectos que serán evidenciados en un magnífico artículo de José Sarria. Por mi parte, lo afirmo sin limitaciones. Es así, porque es un autor completo a la antigua usanza: novelas, ensayos, teatro, escritos filosóficos, columnas periodísticas, al margen de oficialismos, batallando contra toda forma de injusticia y totalitarismo, rechazando siempre la opción fácil y haciendo de la libertad la única vía para caminar. Su hija, Catherine Camus, a quien le debemos la publicación del manuscrito *Le premier homme* en 1994, también cuenta con una joya bibliográfica publicada por Ediciones Michel Lafon en 2009 que recoge con absoluta precisión el rasgo de Camus hombre y de Camus escritor, *Solitario y Solidario*.

Los orígenes de Camus, hijo de una criada casi analfabeta no le permitieron entrar en el círculo del discreto encanto de la burguesía. En verdad, dicha realidad no sólo no ha cambiado sino que a la vista está, se ha incrementado su nivel de dificultad cuando no de crueldad con una guerra ideológica sin parangón. ¡Ojalá un fantasma recorriera Europa! En cualquier caso, Albert Camus recogió su Nobel, fue traducido en más de 40 idiomas y forma parte del mundo de leyendas reducido a la autenticidad. Como Saramago, ha sabido no olvidar sus raíces, ha sabido fraguar coherentemente su pensamiento con una permanente reivindicación de la libertad, tanto que ni siquiera ha encontrado una conmemoración oficial en Francia, cuna de libertades, revoluciones y contradicciones. No hubo este 7 de Noviembre de 2013 un homenaje nacional. Seamos sinceros. Al fin y al cabo son las tarifas por ejercer en libertad.

La guerra de Argelia, o mejor dicho, su posicionamiento, es el centro de la polémica. Pues Camus denuncia la injusticia cometida contra los musulmanes pero a la vez no acepta una era de nacionalismos extremos. No proponer certezas sean éstas religiosas, filosóficas, ideológicas, interesarse más en el comportamiento que en la construcción de un sistema de pensamiento, no ofrecer respuestas sino plantear interrogantes tomando la realidad tal cual y con la voluntad de cambiar la vida que no el mundo, son algunos de los puntos cruciales que envuelven su producción escrita. Si sumamos su lucidez ante el fracaso práctico que no teórico de las grandes ideologías, el debate está servido. No olvidemos, si queremos centrarnos en el eje ideológico que Camus no es marxista aunque sí militó en el Partido Comunista Francés, ubica su crítica en la izquierda

antiestalinista, si acaso su espacio natural, el espacio del creador, no es otro que el anarquista, el de una sensibilidad libertaria disidente que lo hace irrecuperable. Convendría recordar que fue el primer hombre, que formuló con talento lo absurdo de la vida, una vida perversamente truncada con 46 años. Fue el primer escritor francés más joven, o en lengua francesa en recibir el Nobel. Capaz de escribir obras como *L'étranger*, *La peste*, *L'homme révolté* o *L'envers et l'endroit* que es precisamente el primer libro que publicó en 1937 en Argelia y será objeto de nuestra consideración. En cualquier caso, su talento literario está fuera de toda duda. Miguel Mora en un reciente artículo en el diario *El País* (02/11/2013), recoge las palabras del hijo del escritor universal, Jean Camus que nos recuerda que “Francia no ha comprendido todavía que Camus no fue un filósofo ni pensador, sino un narrador de mundos”. Un narrador de mundos, un hombre rebelde y un enamorado de la libertad. El propio Camus reclamará en más de una ocasión el derecho de cada ciudadano a elevarse sobre el colectivo para construir su propia libertad. En estas coordenadas (porque me parece absolutamente necesario) quiero plantear mi contribución al homenaje de Albert Camus en el número naciente de *Sur: Revista de Literatura* editada por el Grupo de Málaga.

Me gustaría partir del artículo de Juan Cruz en *El País*, *Babelia*, 03 Noviembre 2012, porque define a la perfección las imágenes sencillas y certeras que alumbrarán toda su obra. Al referirse a ese primer libro, *El revés y el derecho*, nos dice: “es una visita anónima a los manantiales de los que procede la metáfora mayor de su literatura: su madre omnipresente, la pobreza, la luz de la infancia, la ternura y el desvalimiento, la sinrazón y la violencia, la perplejidad y el crimen, que recorren la obra del Nobel, están ya presentes en esa obra publicada en Argelia en 1937. Un manantial que cada uno guarda en el fondo de sí mismo. Lo expresa el propio Camus en los preliminares de *Anverso y reverso*: “En cuanto a mí, yo sé que mi manantial está en *Anverso y reverso*, en este mundo de pobreza y de luz en el que tan largo tiempo he vivido y cuyo recuerdo me preserva todavía de dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción.”

Cierto, el arte como profecía es otro rayo de sol en esta obra sorprendente, humilde y orgullosa a la vez. Aunque también retrata con precisión los usos y costumbres de sociedades presuntamente admiradas: “entre mis numerosas debilidades, jamás ha figurado el defecto más extendido entre nosotros; quiero decir el de la envidia, verdadero cáncer de las sociedades y de doctrinas”. Añadimos desde la verdad de la parodia y “aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”, no sin antes recordar que esta cita del Nuevo Evangelio viene enmarcada en la ley de Moisés que ordenada apedrear a las mujeres que cometían adulterio. Con el clero hemos topado y mi entusiasmo ante Camus no puede desviarse por ello. Sin embargo, el carecer de envidia es un mérito que no se atribuye a sí mismo sino a los suyos a quienes les faltaba casi todo y casi no

envidiaban nada, a su círculo más íntimo que careciendo incluso de principios lectores le ofreció lecciones magistrales.

El escritor despliega conocimiento y sinceridad cuando entiende que el oficio de escritor, particularmente en Francia, es un oficio de vanidad. Lo que afirma sin desprecio, puesto que él mismo tampoco ha logrado despojarse “de esta ridícula debilidad”. La literatura como técnica, pasión, conocimiento y emoción encuentra su razón de ser aquí.

Por ello, que la conmemoración del centenario de Camus recaiga en manos de sus lectores, sólo demuestra que la lucha de clases es una obviedad, que hay demasiadas injusticias y que más allá de todo ello, a ciencia cierta cae en manos de la autenticidad y de la pasión. Camus entendía que “soñar con moral cuando se es un hombre de pasión es entregarse a la injusticia, en el mismo momento en que se habla de justicia”. El sol, componente de su escritura es una injusticia de la que se aprovechó, según señala en estas páginas, pero quizá viene a poner en valor el lema según el cual *in magnificentia naturae, resurgit spiritus*. Sin duda, la existencia social precede a la conciencia social, tanto como la naturaleza a su mirada. Otro elemento constructivo, no sólo de esta obra inicial sino de toda su producción es el cine. Sin tener una presencia exagerada cubre toda su escritura, con discreción pero con un poder comunicativo excepcional. A nuestro modo de entender, precisamente muchos lazos entre estética y política se evidencian, inclinándose hacia la cuestión de la cultura de masas, la pobreza, el espacio colonial, las jerarquías estéticas. Esta selección de ensayos que conforman *Anverso y reverso* ya de por sí toman una base cinematográfica con diversas ciudades del Norte de África, Praga, Palma de Mallorca, Roma, en cuyas descripciones se registran los asuntos de novelas como *El primer hombre* o *El extranjero*, desde el aislamiento existencial hasta la absurda simplicidad del mundo. En el texto “Ironía”, un grupo de jóvenes que visitan a una señora mayor, aislada y moribunda, cuya vida entera ha girado en torno a Dios, deciden ir al cine: “Él se sentía en presencia de la desgracia más horrible que hasta entonces había conocido: la de una vieja mujer inválida a quien se abandona para marcharse al cine”.

Cierto es también que el cine provoca la primera situación de crisis, al representar una forma de distracción y diversión que produce una felicidad rápida y a la vez al proyectarse como lo opuesto que reviste cierto valor ante su mirada, sea el pensamiento, la meditación, la contemplación de la muerte. La imagen cinematográfica se reconoce en :” durante un segundo tuvo un odio feroz a esta vieja mujer y pensó en darle una bofetada sin más ni más”. Por consiguiente, el cine como agente de cohesión social y por supuesto de distracción masiva en encuadra en el desvío de la mirada del hombre, o mejor dicho, de la contemplación de la pobreza y de la muerte, dos realidades motoras en

la escritura de Camus. Bajo el signo de la específica ansiedad Albert Camus coloca la disciplina cinematográfica, especialmente porque da conciencia constante de un temor. En *El extranjero*, el protagonista Meursault irá al cine al día siguiente del entierro de su madre. Verá una película cómica de Fernandel que juzga graciosa por momentos y finalmente demasiado idiota. Si se quiere es una prueba más del extranjero incapaz de seguir las reglas sociales del juego. La comedia de Fernandel produce la caída de Meursault, ya que el fiscal lo condena no tanto por el asesinato como por ir al cine estando de duelo. Pero es que en *El primer hombre*, el binomio pobreza/estética se hace visible en una escena de infancia, cuando Jacques decide llevar a su abuela a una sesión matinal de una película de aventuras: “*A la abuela le gustaban especialmente esas películas en tajadas, cada uno de cuyos episodios terminaba en suspenso. Por ejemplo, el héroe musculoso, llevando en sus brazos a la muchacha rubia y herida, empezaba a cruzar un puente de lianas tendido sobre un cañón con un torrente en el fondo. Y la última imagen del episodio semanal mostraba una mano tatuada que, armada de un cuchillo primitivo, cortaba las lianas del pontón. El héroe seguía andando, soberbio, a pesar de las advertencias vociferadas de los espectadores de los «bancos».*”.

Paralelamente a los efectos del cine, las huellas del silencio hacen presencia activa en la obra de Albert Camus. Es muy posible que se deba al hecho de haber crecido al lado de una madre y de un tío sordos, donde el gesto adquiere entonces una dimensión esencial. Para Camus, el silencio es fundamento, es un modo de existencia ante el mundo donde nace la palabra verdadera. En más de una ocasión, Camus señaló que un hombre es más hombre por las cosas que calla que por lo que dice, tal vez en ese sentir de ser dueño o de sentirse libre al callar, de mostrar el cuerpo como medio de conocimiento acercándose a la importancia que tiene la relación corporal en la esfera de la sordera. Determinará pues su escritura al partir de lo que siente por describir, al relacionarse siempre con la realidad, lo que es signo propio de la lengua de signos. El colmo de esa diagonal cine/silencios se produce especialmente en *El primer hombre*, cuando la abuela incapaz de leer los subtítulos que acompañan la película muda (recordemos que la escena es de los años 20) debe escuchar las explicaciones de Jacques que tampoco es capaz de oír, obligándole a repetir casi gritando y rompiendo la sesión, pasando de la satisfacción a la vergüenza, a la contrariedad incluso a la confusión, pero a la vez debe entenderse como un alegato de la escuela, de la lectura, de la literatura como instrumentos de educación para elevarse por encima de los ruidos de la cotidianidad.

Anverso y reverso es un poco “entre el sí y el no” donde veremos angustia, extrañeza y silencio del mundo, donde hay belleza, como la efímera puesta de sol en una playa de Argelia, donde “*No hay amor por la vida sin desesperanza de la vida*”, donde la solidaridad permite luchar contra la

soledad y hacer más fuerte a la humanidad.

Me parece absolutamente necesario reivindicar la figura y la literatura de Albert Camus, atrapar y asimilar ese “hijo de una naturaleza libre”, “su profunda anarquía” y por tanto su utilidad tan extensa. Como Camus, deseo resolver mi rebeldía en melancolía, atender a la felicidad que podría ser el sentimiento apiadado de la infelicidad, hacer frente a la crisis espiritual de la modernidad con un natural acontecer ético y vital y con urgente conciencia de obra y sobre todo tomar la esperanza como fórmula de cambio, asegurar la acción de la libertad en lugar de la pasividad del sentimiento trágico.